



Año I

PRECIOS DE SUSCRICION
En Madrid, 2 pesetas trimestre.—En provincias, un semestre, 4 pesetas.—Ultramar y extranjero, 12 pesetas al año.
Redaccion y Administracion: Tetuan, 13, Madrid

6 de Abril de 1890

PRECIOS PARA LA VENTA
Número suelto, 10 céntimos.—Veinticinco ejemplares, 1,50 pesetas.—En la Administración, un ejemplar, 25 céntimos.—Anuncios, comunicados y demás inserciones, precios convencionales.

Núm. 1



A la prensa

EL MANZANARES saluda cordialmente a sus colegas de Madrid y provincias.

ECONOMÍAS

Queremos en este punto importante ir mucho más allá que la fracción *economifoba* dirigida por el Sr. Gamazo, espíritu santo de la Liga Agraria.

Queremos suprimir, á ser posible, de una plumada, el presupuesto de Guerra. Viendo en paz con todo el mundo, ¿qué falta nos hace el ejército?

Queremos la supresion del Ministerio de Gracia y Justicia. Para hacernos representar en el cielo, no precisamos de apoderados, ni de mediadores terrenales. Abajo, pues, las partidas consignadas en presupuesto para culto y clero. Suprimidas veinte Audiencias de *perro chico*, debemos extender la economía á las de *perro grande*, como medio único de que desaparezcan pleitistas y criminales. Las cuestiones litigiosas, en ambos derechos, las ventilaremos por amigables componedores, *gratis et amore*, y en última instancia á garrotazo limpio, cargando costas sobre las costillas del más débil. Las canónicas, en el otro mundo.

Queremos la supresion del Ministerio de Fomento. En un país tan avanzado en cultura como el nuestro, está demás el profesorado y el personal de obras públicas. Con subvencionar á los trigueros acaparadores de Castilla, basta y sobra.

Prescindiremos del Departamento de Estado. Tapiando las Aduanas y encerrándonos en este rincón de Europa, no habremos menester, para maldita la cosa, de las relaciones extranjeras. Solos, aislados en casita, como gentes morigeradas, gozaremos de una tranquilidad primitiva, envidiable.

Queremos, ya que D. German ha dado el ejemplo renunciando á su cesantía de Ministro, borrar de la nómina la partida de clases pasivas. Para las que en la actualidad disfrutan legítimamente de haberes, construiremos un inmenso asilo. Cuando falten local y alimentos, expediremos patentes de mendigos.

Queremos, por último, suprimir todos los gastos del Estado, cobrar lo que se pueda y no pagar á nadie.

Pero como toda reforma, por muy radical que sea, siempre tiene sus límites, conservaremos por innecesarios é inútiles el Tribunal de Cuentas, el Consejo de Estado, la Nunciatura y algunos otros altos centros, de esos que el vulgo llama canongías, para dárselas en usufructo á los disidentes y descontentos, pero con preferencia á nuestros correligionarios.

Atentos á defender con todas nuestras fuerzas la integridad de la patria, entregaremos los destinos de Ultramar á los militares, de Brigadier arriba, restableciendo en toda su pureza los antiguos Virreinos. A los de poca graduacion y al elemento civil, que los parta un rayo.

Política

En el terreno político nos prometemos ser discolos, como el Marqués de Sardoal; puntillosos, como el Duque de Tetuan, y tornadizos, como Martínez Campos. Seremos liberales y demócratas cuando nos convenga, y nos iremos al campo conservador cuando Sagasta no quiera complacernos dándonos entrada en el Ministerio.

En lo tocante á las formas de Gobierno, no seremos nunca escrupulosos ni exigentes. Por ninguna de las conocidas ó definidas en el derecho público tendremos preferencia ni refiriernos descomunal batalla.

Corona y gorro frigio, para nosotros son iguales; claro es que ni el uno ni la otra las queremos en la cabeza de D. Carlos ni en la de Nocedal.

Cuestion social

La huelga, ó la *juerga*, es el *desideratum* de los españoles. El que trabaja no teme á Dios. Las fábricas debemos convertirlas en conventos de frailes y de monjas. ¿Quién no recuerda aquellos buenos tiempos de la suculenta sopa? Los talleres los trocaremos en ermitas. Los instrumentos y máquinas de artes mecánicas, en rosarios benditos traídos de los Santos Lugares. El novelador escribirá libros tan edificantes como los del célebre Padre Claret. El autor dramático, autos sacramentales, y el pintor, cuadros representando la vida y milagros de los santos del Año Cristiano, sin olvidar al mártir Carulla.

Por tales modos quedará resuelto á satisfacción, entre nosotros al menos, el pavoroso problema que hoy preocupa á los conferenciantes de Berlín y á todos los estadistas del mundo. Rezando muchas oraciones, no nos darán que hacer en lo sucesivo los obreros de Cataluña, ni emigrarán á América los de Andalucía y Galicia.

Si los lectores de EL MANZANARES están conformes con el programa expuesto, vengán desde luego á votar, seguros de que no es el mismo que escribió Cánovas el 54, y que estamos dispuestos á cumplirlo.

Lo asegura

EL RASTRO.

EL SABLE DE PAPA

Enviar á Cuba á un hombre civil para que gobierne, es un disparate, porque está probado que los hombres civiles desmerecen con el mareo.

Les pasa lo mismo que al tabaco filipino. Allí en Manila, excelente, buen sabor, buen aroma y muchas y muy buenas cualidades. Aquí en la Península, flojo y medianejo.

En qué consiste, no se sabe, pero el hecho es cierto. De igual modo los paisanos, al embarcarse, se transforman.

Hombres que aquí pasan por genios y que todo lo saben y de todo se les alcanza un poco, llegan á Puerto Rico y son no más que vulgaridades.

Cánovas, por ejemplo, en la Península ha sido Ministro de Ultramar, Ministro de la Gobernacion, Ministro de Hacienda, jefe

del Gobierno y jefe de todos los Generales ultramarinos.

Pues que salga á marear, y se verá á lo que queda reducido. Probablemente ni para Gobernador de Fernando Pío servirá.

¿Y qué se va á hacer? Se trata de un misterio, de un secreto de la Naturaleza, y no queda más recurso que respetarle.

Algo parecido le sucede al vino; trasportándolo desde climas cálidos á climas fríos, mejora notablemente. Trasportándolo desde climas templados á climas cálidos, se echa á perder si no se le encabeza.

De todo lo expuesto se desprende una consecuencia preciosísima. Es ésta: Cánovas, en Siberia, sería un excelente Gobernador general.

Y se desprende esta otra: mientras no tengamos posesiones en el Polo, es una locura pensar en que sean Gobernadores generales los hombres civiles.

Tratándose de Generales, cambia la cosa.

Los Generales, con el mareo, ganan mucho; se parecen en eso al tabaco habano. Aquí, en la Península, suelen no valer nada, ni entender de nada: se dan casos.

Las cuatro nociones científicas que aprendieron en el colegio, las olvidan en el cuartel, por ser impedimento que estorba para las marchas.

Pero tan pronto como pisan la cubierta de un buque, y la brisa del mar les azota el rostro, se trasfiguran. No parece sino que el Espíritu Santo descende sobre ellos como descendió sobre los Apóstoles, y les infunde toda la sabiduría divina y humana.

Lo cierto es que llegan á la Habana ó á Manila, y da gusto verlos gobernar.

Ciencias, artes, diplomacia, de todo entienden.

Podríamos citar innumerables ejemplos y hacer ver cómo surgen por ensalmo estadistas insignes, políticos eminentes, economistas profundos y grandes pensadores (de la clase de Generales ultramarinos).

Al regresar conservan (de tantas preciosísimas cualidades) las que conservan, pero eso importa poco. Lo importante y esencial es que las tengan allí.

¡Ah! el don de mando no se adquiere con la experiencia, como algunos creen equivocadamente, ni es fruto del estudio, ni nace de la práctica: descende de lo alto, y eso es todo.

Estamos en el caso de deducir otra consecuencia que se desprende por sí misma: la division de mandos es una barbaridad.

Dispensen los patrocinadores de la idea, pero no saben lo que se pescan.

La division, en esto y en todos los órdenes de la existencia, es el aniquilamiento y la muerte. La union es la fuerza y la vida.

Y ahora preguntamos: ¿por qué dividir? ¿por qué no unir?

Todo un programa de reformas va encerrado en las anteriores preguntas.

El lector discreto y conocedor de las necesidades de las provincias ultramarinas, habrá adivinado nuestro pensamiento. ¿Qué decimos nuestro pensamiento? el pensamiento de todos los hombres prácticos.

Indudablemente falta algo á la respa-

ble autoridad de los Gobernadores de Ultramar.

Son jefes del Ejército, jefes políticos, jefes de la Administración y de la Hacienda, pero no son jefes de la Magistratura ni del Clero. Les falta la toga y la mitra.

Y hay que darles las dos cosas; hay que dárselas, y que sean Presidentes de Audiencias y Arzobispos y reunan en su mano todas las potestades y todos los poderes, y puedan gobernar patriarcalmente, que ése y no otro es el Gobierno que hace felices á los pueblos.

¿No habrá un mal Diputado que pida estas reformas?

EL VIADUCTO.

Guñapos de guardarropía

Hoy es día de *colada*...

Perdida la costumbre de decir la verdad á los autores y á los actores, ¿quién sino la gente del Manzanares, tan relimpia y tan redescarada, está obligada á decirselas?

Nosotros tenemos de sobra *tendederos* para colgar la ropa, pagamos la *colada* y la *colaera*, como dicen los *matracos*; por consiguiente, aunque muy á la ligera, desde aquí hemos de juzgar á los vivos y á los muertos, y digo á los muertos, porque hay muchos autores vivos que sólo se alimentan de las ideas literarias y artísticas de los difuntos.

A los artistas del género masculino les daremos algún jabon que otro.

A las tipples les contaremos alguno que otro cuento como el siguiente:

El célebre actor y maestro del Conservatorio, D. José García Luna, estaba un día dando lección á sus discípulos.

Ensayaban *El rico hombre de Alcalá*.

La alumna encargada del papel de doña Leonor, recitaba todos los versos con la misma entonacion.

No había manera de hacerla entender que los actores, lo primero que tienen que aprender es á identificarse con el personaje que representan, y á sentir las situaciones cómicas ó dramáticas en que el autor las coloca.

Al llegar á la escena final del primer acto, en la que los criados del *Rico hombre* sorprenden al esposo de doña Leonor y lo sacan violentamente de la escena, entre la confusion y los gritos de todos los personajes que hay en escena, debe sobresalir el de la dama, que, dirigiéndose á D. Tello, le dice: «Que me roban á mi esposo!» Este verso lo decía la presunta actriz como si le hubiera preguntado: «¿Ha pasado usted bien la noche?»

Luna la dijo:

—No, hija mía, no; eso no se dice así; es necesario más fuego, más entonacion, más voz.

—Vea usted, y á mí me parece que lo digo muy fuerte.

—Vamos á ver si nos entendemos. La voy á hacer á usted una pregunta, asegurándola de antemano que no es por curiosidad, sino para facilitarle la comprension del papel, por lo que se la hago. ¿Tiene usted novio?

—¡Jesús! ¿Qué cosas dice usted!

—No le dé á usted vergüenza confesármelo; yo no se lo he de decir á nadie.

—No, señor; no le tengo.

—Bueno; figurémonos que le tiene usted y que usted le quiere con toda su alma, y que él, que le ha prometido amor eterno, la abandona á usted por otra mujer y á usted no vuelva á hacerla caso alguno. ¿Qué haría usted al sufrir aquella decepcion, al verse despreciada?

—¿Yo?

—Sí; ¿qué haría usted al ver la ingratitude de su amante?

—Pues, nada, buscaría otro y me quedaría tan fresca.

—¡Ay! si piensa usted así, no se moleste usted en venir más a clase, porque no hay en el mundo quien la haga a usted actriz.

Como la alumna de mi cuento, existen hoy sobre la escena muchas niñas y muchos niños que necesitan de vez en cuando que se les cuente un cuentecito. Yo prometo contarles, sobre todo, sí, como espero, el público nos favorece.

Cor. que hasta otro día se despide de ustedes

LAS MARAVILLAS.

CARTAS AL ALCALDE

No teniendo, por mi parte, Excmo. Sr., interés ninguno personal en que V. E. deje el honoroso puesto de Alcalde de Madrid, ya que yo no he de ir a reemplazarle, entre otras razones, porque no lo pretendo y, más aún, porque si tales pretensiones abrigara me llevarían por loco a Leganés, entiendo que en vez de incomodarse con mis cartas, debería V. E. agradecerme en todo aquello que revelaran acierto en el consejo y en cuanto tuviera de justo en la censura.

He sabido, sin embargo, que no es así, y crea V. E. que mi pena por no darle gusto es tan grande, como inmenso el placer que siento hoy al verme libre de trabas y de cortapisas para poder, con entera independencia, desde las columnas de este modestísimo periódico—entregarme al estudio de la administración municipal, estando segurísimo que mientras V. E. sería acaso capaz de lanzar contra mí, con notoria injusticia, todos los enconos de su ira, y de aniquilarme, si fuera Júpiter, con todos los rayos del Olimpo, el pueblo de Madrid me aplaudiría—salvo la modestia—con entusiasmo cuando vea que no pego de apasionado y cuando comprenda que no cejo en defender los grandes intereses del Municipio.

Bien sé yo, Excmo. Sr., que V. E. no es en totalidad responsable de lo que ocurre. Así como al olmo, según la frase vulgar y corriente, no es racional el pedirle que produzca peras, de igual modo estuvo contra el sentido común el llevar a la presidencia de nuestro Ayuntamiento a quien habiendo vivido siempre en el mundo de lo ideal, sin contacto ninguno con los intereses privados de la villa, tenía necesariamente que encontrar en la práctica escollos insuperables contrarios a un espíritu de suyo indolente y opuesto a una voluntad eminentemente retráctaria a este género de prosaicas iniciativas.

¡Ah! sí, señor Alcalde: yo declaro esculpado a V. E. de todas las torpezas que observo y de todas las negligencias que señalé y he de señalar en el curso de mis epístolas. Si el pueblo de Madrid echa en estos instantes de menos la gestión de otros Alcaldes a quienes considero, no sé si con ligereza inconsciente o con sentido instintivo de justicia, detestables para la buena marcha del Municipio, es porque compara y deduce de los hechos, a semejanza del paleta del cuento, que el sucesor es mucho peor que el antecesor; si en la opinión pública ha tomado carta de naturaleza la idea de que los errores presentes superan a los errores pasados, no a V. E., ni menos al vecindario, debemos en realidad de verdad atribuir las responsabilidades. No ciertamente las inclinaciones de V. E. que, según es fama, por otros caminos se dirigían; no sus intereses materiales, no; fué el destino cruel, nacido y educado en los misteriosos arcanos de la política, quien le llevó al abismo de la alcaldía presidencia, del cual saldrá, sin duda alguna, limpio de toda mancha en el orden moral, pero desacreditado como hombre de administración.

Y no se canse V. E. en averiguar las causas de su desdichado fracaso.—Nuestro famoso Figaro rayó a grande altura como crítico de teatros y fué silbado como autor. Cervantes, a pesar de su manía de hacer versos, no consiguió brillar nunca en los renglones cortos, y su prosa ha sido y será el deleite y encanto de los aficionados a la bella fábula castellana y a la buena literatura.—V. E. mismo figura con justicia entre nuestros primeros periodistas por lo acerado de la intención y por lo terso y limpio de la frase, y como Alcalde está a más bajo nivel que Sancho en su gobierno de la insula Barataria.

Por muy elástica que sea la inteligencia humana, y por mucho que contribuyan la cultura, el buen sentido y la fuerza de voluntad a crear hábitos que a las veces se confundan con naturales impulsos en el ejercicio de una profesión o de un arte, lo que *Dios no da, Salamanca no presta*; lo que no se siente, resulta amanerado; el pintor a cuyo cerebro no llegan los efluvios de una inspiración que no se aprende en las escuelas, ni con los grandes maestros, podrá dibujar correctamente las figuras, pero sus cuadros carecerán del movimiento y de la vida que la crítica exige a los artistas de raza.

¿Cómo extrañar, por tanto, que V. E., escritor estimadísimo, no haya hecho blanco en el cargo de Alcalde, si jamás le pasó por las mentes la idea de empuñar el bastón de mando?

Verdad es que al Municipio de Madrid, salvo contadísimas excepciones, van Concejales que así sirven para el oficio como yo, que nada entiendo de táctica militar, serviría para mandar un regimiento. Verdad es que nuestra organización municipal deja muy reducido espacio al desarrollo de fecundas iniciativas. Pero aun de este modo, contando con tales inconvenientes, pareceme—y pienso demostrarlo en cartas sucesivas—que el pueblo de Madrid puede y tiene derecho a esperar de su Al-

calde y de sus representantes muchísimo más de lo que hacen. Y lo que no pueda alcanzarse porque lo impidan las leyes o por no consentirlo la abrumadora tutela del Estado, deberá obtenerse por otros medios, o sea recabando del Gobierno y de las Cortes la autonomía del Municipio, con el fin de transformar sus actuales organismos.

Emprenda V. E. este camino respondiendo a las exigencias de la opinión pública madrileña, y cuente desde luego, si así lo hace, con el aplauso y la modesta ayuda de su servidor Q. B. S. M.,

EL MANZANARES.

CORRIENTES SUBTERRANEAS

No conocí la voz del que hablaba, pero debía ser algún Cerralbo u otro sabio semejante.

Acaso D. Zóilo, que también es filósofo. Lo cierto es que en mis oídos resuena todavía, como si ahora la estuvieran pronunciando, está fatídica frase: «no hay fe política».

Y la misma voz siguió diciendo: —Reina entre nosotros clásica confusión de ideas y horrible barullo de cosas.

Todo anda trastocado y está fuera de su sitio.

El paisanaje, mal aconsejado y ensoberbecido, nada respeta, todo lo avasalla, todo lo absorbe. A este paso, sabe Dios dónde iremos a parar.

Los hombres graves empiezan a sentir miedo y a tener alarmas. Es preciso decidirse, adoptar resoluciones, conjurar el conflicto. Cruzarse de brazos en las actuales circunstancias, sería un crimen.

—Pero ¿qué hacer?—interrumpió otra voz que no era la del filósofo.

—¿Qué hacer?—repitió el filósofo.—Obrar, y obrar con energía.

Sagasta es apático, abandonado, perezoso, indolente. Dejará que se hunda el mundo, con tal de no mover una sola mano.

—Pero ¿Cánovas?—interrumpió de nuevo la misma voz de antes.

—Cánovas es impopular. La silba de Zaragoza le hizo mucho daño, y ciertas cosas no se olvidan tan pronto.

—No hay más que una salvación, y esa salvación estriba en usted precisamente. Si se decide nos salvamos.

—No me atrevo—dijo la otra vez—no me atrevo a levantar la caza.

—Es que usted nada tiene que levantar. La caza la levantará cualquiera, yo mismo si es preciso, el señor si es necesario.

—Imposible—contestó el aludido.—Yo no puedo, no debo, estaría mal visto. Pero... y... Aquí sonó una palabra que no pude entender. Era muy débil la voz del que hablaba.

Como si hubiera sido una advertencia para los otros, bajaron todos a un tiempo el diapason, hasta el punto de dejarme en ayunas y lleno de curiosidad.

Continuó la conversación unos diez minutos, trascurridos los cuales desfilaron los misteriosos personajes, saliendo de mi recinto y encaminándose hacia la Cuesta de la Vega.

Eran cinco o seis, todos muy embozados, como si temieran ser conocidos o fueran verdaderos conspiradores.

Hablemos de otra cosa.

Cuentalas las crónicas que Fabié es hombre que no se rie nunca.

A semejanza de otras criaturas, mal comprendidas y peor juzgadas, ha hecho de la gravedad un oficio, y lo que sorprende más, alcanzado con él fama de sabio.

De ahí que Martínez Campos le tenga por oráculo. También le admira como un genio, y no pocos hombres separados de Sagasta le rinden verdadero acatamiento.

El ha sido el alma de la conjura, o la congenerada de estos últimos días.

Y no es que yo crea, como algunos creen, que Fabié es el autor de la famosa carta firmada por Dabán.

El estilo es el hombre.

Así como ciertas flores anuncian el advenimiento de la primavera, y ciertas aves presagian el mal tiempo, los párrafos largos y enfarragados de la desdichada epístola delatan a su autor.

Que debe ser, ya lo he dicho, el mismo Dabán en persona.

Alguien, sin embargo, ha creído encontrar en el documento de marras tonos dulzanos y melifluosidades impropias del viril lenguaje militar, y los que tal piensan atribuyen la paternidad de la criatura al mismísimo don Pío.

Error, error gravísimo en el que ha venido a incurrir persona tan discreta y avisada como D. Francisco Romero Robledo al afirmar que la carta parecía escrita por una monja.

No; la carta la escribió quien debió escribirla; pero tiene, y esto no se ha dicho aún, más miga de lo que parece.

Los hombres políticos que saben leer entre líneas, no han querido desentrañar el verdadero sentido de la carta.

Acaso no les conviniere.

Se han contentado con ridiculizarla, y es bastante.

Quién ha dicho de ella que era tímida en demasía; quién hubo de encontrarla audaz y pecadora; quién la acusó de inoportuna e impertinente; quién la censura de vaga en la expresión y ocasionada a diversas interpretaciones: como dice el adagio: «entre todos la mataron y ella sola se murió».

Pero tanto ruido, tanto alborotar Martínez Campos; tanto dimitir Jovellar, acusa, mal que pese a las protestas de última hora, un proyecto vasto.

**

Es Fabié un boticario célebre, y, por consiguiente, familiarizado con las drogas, los reactivos, las combinaciones y demás secretos de la química.

Acostumbrado a meter en un puchero gran cantidad de simples para sacar en el momento oportuno un compuesto nuevo y flamante, pudo creer, dejándose llevar de las analogías, que era empresa fácil introducir en un recipiente a la nación española con sus hombres civiles, sus leyes liberales y sus aficiones democráticas, para sacar después un pueblo montado a la alemana con sus Capravis en activo, sus Molkes de reserva y sus auxiliares en el orden civil como segundones de casa grande.

Si tal creyó, se ha llevado chasco; pero no holgará que las gentes estén sobre aviso, por si acaso, como dice Mesejo.

EL CAMPO DEL MORO.

OIDO A LA CAJA

Librenos Dios de decir que no tenemos importancia LAS AFUERAS de la villa y corte, porque tanto montaría asegurar que Mansi no es un excelente y hasta excelentísimo Director de Correos.

Verdad inconcusa que de nosotras no se acuerdan los madrileños, sino cuando tratan de echar una cana al aire o el cielo se presenta limpio de nubes, como si en él se hubiese dado una carga de caballería; pero tampoco se acuerda nadie de Santa Bárbara hasta que truena, ni ningún político en estado de canuto se decide por el partido a que ha de afiliarse sin conocer en cuál no ha figurado Linares Rivas, y sin embargo o con él, no le faltan devotos ni tocayos a la patrona de los artilleros, ni le escasean los correligionarios al ex Ministro coruñés con vistas al Soto de Migas Calientes, en el que, y dicho sea de paso, tan a su gusto viviría el Marqués de Sardoal si la sonrisa de Sagasta se lo consintiera y las barbas del Sr. Martos no se lo impidiesen.

Pero hoy quetenemos a EL MANZANARES por tutor y curador, séanos permitido toser fuerte, ni más ni menos que si tuviéramos el tío alcaide, y ni menos ni más que si fuésemos yernas de algún suegro de influjo a lo Alonso Martínez, Moret, D. Venancio y así suegrocesivamente. Que no hay bien ni mal que cien años dure, como el adagio reza, ni había de dejar de ser nuestra consecuencia recompensada, según llegó al cabo y al fin a serlo la de Romero Giron, y valga la comparación, que dijo O'Donnell.

Modelos de paciencia fuimos siempre, hasta el punto de habérsenos brindado en más de una ocasión con las credenciales de maceros de los Cuerpos Colegisladores, y jamás se nos antojó trocar nuestra independencia y nuestro reposo por la esclavitud e intranquilidad que existen dentro de los muros y de los pedregales de la coronada villa.

¡Cuántas y cuántas veces hemos recibido cariñosas y reiteradas excitaciones de Cañamaque para que saliésemos del estado de posturación en que vivíamos! Pero nosotras, ¡ternes que ternes! sin hacer maldito el caso ni de uno ni de otro, y no nos pesa, porque ahora hemos sabido que no somos las únicas en oír a aquellos señores como el que oye llover.

Abriámbamos la consoladora esperanza de que, así como Lorenzo Domínguez, si no en un día, concluye al siguiente o al otro el discurso que comenzara semanas antes, el estado de abandono a que se nos relegaba llegaría a su término; pues ni nos conceptuábamos tan desgraciadas como Jove y Hévía después del rapapolvo que le propinó Cánovas, ni hemos tenido nunca tanta prisa porque se hicieran reformas civiles en nuestros contornos, como la demostrada por Cassola con las militares, por Carulla con las literarias y por Pidal con las eclesiásticas.

Estimulaba nuestras ilusiones de que llegaríamos a ser atendidas, más tarde o más pronto, lo correcto de la conducta que venimos observando desde la infancia y conservamos en la juventud, como de ello pueden testimoniar el Conde de Cheste y D. Andrés Borrego, nuestros contemporáneos; pues ni la Fuente de la Teja huyó del hogar paterno en unión del Barranco de Embajadores, ni la Huerta del Obispo se escapó con el Puente de Vallecas, ni las Ventas del Espíritu Santo se largaron de jugar con el barrio de las Injurias, ni fueron a Tetuan por monas ni por aceite de matute siquiera, la Prosperidad con el Partidor de Aguas, ni la Moncloa hizo calaverada alguna con el Arroyo Abroñigal, ni la Bombilla faltó a sus deberes con el Caño Gordo, ni la Virgen del Puerto produjo escándalos con los Mataderos de Carabanchel, ni la Estación de las Pulgas se tiró nunca al Canal, ni la Casa de Campo dió jamás que decir con el Retiro, como leemos frecuentemente en *La Correspondencia* que ocurre dentro de Madrid con otras parejas del orden privado, tan amorosas como tocadas de chifladura o presas de retozos de juventud por todo el cuerpo.

La hora, pues, de la justicia y de la gracia ha sonado para nosotras en el reloj de los tiempos, único artefacto, que diría Rojo Arias, que aun no ha caído en poder de nuestros conculcadores los tomadores, y EL MANZANARES es el Lopez Puigerver que ha de conseguirnos esa gracia y esa justicia, ya que le hemos otorgado los oportunos poderes al efecto, canasadas de sufrir, como el Duque de Tetuan, los desdenes de esos Sagastas que se han constituido en nuestros tutores desde el sillón presidencial del Municipio, y luego, primero les han aspadado como a San Andrés, que mellado

el filo del abandono, al que hemos vivido condenadas.

Si hasta el presente no se ha practicado con las afueras de la villa del Cuesta y Santiago y del Fabié, o con más claridad, del oso y del madroño, ninguna de las obras de misericordia que prescribe el Astete, pues hemos tenido sed y no se nos ha enviado agua; hemos vivido en la oscuridad y no se nos ha metido ni un tubo de gas, ni alumbrado con un candel, ni llevado una vela; hemos padecido bajo el poder de los rigores del verano y del invierno, como padece Silvela con las pretensiones de Villaverde y *aún más* Marqués de Pozo Rubio, sin que se nos plantara un árbol que nos prestase abrigo y sombra, y si hemos estado desnudas de toda protección, hambrientas de todo apoyo, tristes y desconsoladas, enfermas de soledad y sufrido como más paciencia que Pi y Salmeron las adversidades y flaquezas de nuestros ediles, sin que ninguno de éstos nos atendiese, ahora han cambiado los tiempos, y a partir del domingo próximo, EL MANZANARES seguirá la corriente de nuestras justas pretensiones, con la propia enérgica actitud y entusiasta decisión que Gamazo definiendo la de los trigueros, y ya sabrán ustedes lo que es bueno.

Y si no... ¡a verlo vamos!

Con que... ¡oido a la caja!

LAS AFUERAS.

A VUELO DE PAJARO

Los tres primeros días de la semana, y los últimos de la anterior, han sido verdaderamente fecundos para la ventura del país y, sobre todo, para el afianzamiento del sistema parlamentario.

Y véase lo que es el talento de ciertos hombres.

Todo lo ha promovido una carta circular, cuyo estilo envidiaría el mismísimo Bequer si viviera.

Todo, incluso el tiempo perdido en el Senado y en el Congreso, se debe a la travesura y al genio bético de Dabán.

Sin él, no hubiéramos tenido la inmensa dicha de oír los desaliñados discursos de Martínez Campos. El ha contribuido a refrescar la memoria de ciertos hechos; hechos mediante los cuales se dan, no saltos a la manera que los daba Leotard, sino desde cabo de escuadra a principio de la milicia.

Sin él, hubiéramos olvidado que en España la ley más en vigor es la ley del embudo, que castiga y condena al fracaso, y glorifica y premia al éxito.

Sin él, no se nos hubiera refrescado el recuerdo de que aquí, entre nosotros, es tan fácil, por un caso igual, trasponer los linderos de la fortuna, obteniendo ascensos y cruces pensionados con 10 000 pesetas anuales compatibles con el sueldo correspondiente al tercer entorchado, como el ser fusilado o el ir a terminar la mísera existencia en un presidio.

Hemos averiguado más:

Que la regia prerrogativa está secuestrada cuando no se ejerce en provecho del restaurador de Sagunto, o cediendo a las genialidades de un político *avinagrado*, amigo íntimo de Sagasta o de Cánovas, mientras le dan gusto, como enemigo irreconciliable, alternativamente, del uno y del otro, si le llevan la contraria.

Que cuando es Ministro de la Guerra publica reales órdenes prohibiendo a los militares el ocuparse de cerca ni de lejos en política, y cuando no lo es emprende la impropia tarea de demostrar que los suyos pueden hacer lo que se les antoje sin ninguna responsabilidad, colocándose al amparo de las inmunidades parlamentarias.

Decir, por consiguiente, que es verdaderamente lamentable entretener las Cámaras de representantes en puerilidades de tal índole, es el absurdo de los absurdos.

No hay libro malo que no contenga en sus páginas algo bueno.

Y en el arduo problema planteado acerca de si Dabán debe o no debe ir a cumplir dos meses de arresto al castillo de Alicante, vemos nosotros, sin forzar la máquina de las suspicacias, un nuevo mundo de profecías y un cúmulo inmenso de adivinaciones.

Las cátedras que nos han puesto con semejante motivo los padres, más que menos graves de la patria, constituyen además—las cátedras, no los padres—una revelación utilísima.

Que Martínez Campos y Pavía son oradores *elocuentísimos*, y que el mes de Abril está portándose a maravilla con los labradores.

¿Creen ustedes que es poco?

No sucede lo mismo con la Conferencia internacional proyectada por nuestro Ministro de Estado. El Marqués de la Vega de Armijo hace mal, pero muy mal, en pactar nada que tenga relación con los extranjeros y la industria española.

España no necesita de nadie.

Contamos mucho trigo y mucho dinero. Dinero en el Banco, que tiene la facultad privilegiada de fabricarlo y el omnímodo poder de prestar al Estado. Castilla es el granero de Europa.

Y con pan, aunque sea caro, y con cuartos, aunque nos los den a crecida usura, ¿qué otra cosa podemos apetecer? La tierra es del hombre, y del Estado el hombre forma parte integrante. Luego habiendo trigo en los graneros de los acaparadores, y metálico en barras de oro y plata en las arcas del establecimiento de la calle de Atocha, no tenemos por qué preocuparnos de asegurar la colocación de nuestros productos industriales, ni en fomentar



EL MANZANARES corriendo una juega.

nuestro comercio del otro lado de la frontera, ni del lado allá de los mares.

Y supuesto que la idea á que nos referimos es útil, estamos en el caso de votar en contra.

Al recibir huéspedes de tan alto coturno, habrá necesidad de hacer algunos gastos, y sabido es—las economías, en todas direcciones, son las que privan en la hora de ahora y en el reloj de los gamacinos, nuestros carísimos, digo, arregladísimos correligionarios.

Es igualmente de mal gusto la promesa que días atrás hizo el Sr. Becerra en la Escuela de profesores de Gimnástica. Ofreció la protección del Gobierno para la vulgarización de esta rama de la enseñanza en las escuelas de instrucción primaria.

Evidentemente que, por este medio, los hombres del porvenir serían más fuertes, más vigorosos, más sanos que la generación actual.

Pero entendámonos. Y si nos salían militares con los humos de Cassola, ¿quién fuera capaz de aguantarlos?

Una población raquítica y enfermiza constituye una nacionalidad decadente. Ciertamente; desde el punto de vista científico, el Ministro de Ultramar y sus partidarios en la aludida idea están en lo justo. Sus aspiraciones son legítimas; sus deseos en pro de la regeneración física de los españoles, nobilísimos.

Mas apartándose de lo vulgar y corriente y saliéndose de los moldes de la tradición mística-frailuna, no deben prevalecer en la práctica.

Al menos tal es el sendero trazado, entre nosotros los españoles, por las leyes de la lógica que rigen al revés.

CHAMBERÍ.

ROPA INTERIOR

Sabiendo algo de contabilidad, la baja de la renta de consumos no ha sido gran cosa en el mes de Marzo último, con relación á su congener del año anterior.

Una friolera: pesetas 59.721,67.

Esto en los fieltos.

Pero dentro de Madrid, ó sea en el Matadero de vacas, sólo se ha recaudado de menos la pequeñez de 13.961,68.

Internándonos un poquito más en la Villa, y llegando al Matadero de cerdos, con perdón de ustedes, encontramos la cifra de pesetas 46.297,30.

En junto: 119.989,65 pesetas de menos en un solo mes.

¿Y qué significa eso comparado con la eternidad?

No debe olvidarse, como circunstancia atenuante, que Marzo tiene treinta y un días.

—

Aprobado el presupuesto del ensanche, sabemos que el Alcalde comenzará á pagar en breve el valor de las expropiaciones por riguroso orden de antigüedad.

Nos parece bien.

Pero mejor fuera lo otro; no pagar á nadie y aguardar á la prescripción.

—

Nos dicen que la Comisión de consumos alienta la idea de llamar al servicio á los funcionarios, que en la administración y en la línea, fiscal dieron mejores resultados en otras épocas.

Haría mal, porque en este caso ¿qué va á ser de los matuteros y defraudadores?

—

Es verdaderamente lamentable la situación en que el Ayuntamiento de real orden dejó á los jubilados procedentes del Cuerpo de policía urbana y de otras dependencias de la casa.

Por equidad y por justicia distributiva, excitamos el celo de los Sres. Concejales elegidos para que resuelvan cuanto antes este asunto.

Es más: de mantener el derecho de los funcionarios del Municipio á la jubilación, debe hacerse extensivo á todos los que cobran sueldo del presupuesto de la Villa.

Hacer otra cosa es traducir en ley el privilegio del favoritismo.

—

En el tranvía del barrio de Pozas presenciámos el Viernes Santo un hecho que debemos anotar.

Iba en la plataforma un apreciable Teniente de alcalde de los que llevan el bastón, no por el afán de lucirse, sino por el deseo de hacer cumplir las Ordenanzas municipales.

El coche, al parar en la Puerta del Sol, fué asaltado por la infantería popular, llenándose literalmente en medio segundo.

La referida autoridad impidió que en la plataforma fuese mayor número de personas del reglamentario, haciendo lo mismo en el trayecto siempre que alguien intentaba entrar.

Excusado es decirlo; hubo viajeros que se ponían de parte de los asaltantes; éstos resistían la prohibición echando á chacota el mandato del Teniente alcalde.

La desobediencia es la nota característica que recorre toda la escala social, desde lo más alto á lo más bajo.

Los malos ejemplos cunden á maravilla.

—

Preguntas sueltas:

¿En qué han venido á parar los descubrimientos de mataderos clandestinos que llevó á cabo el Sr. Gallo?

¿Fueron ó no fueron entregados los autores á los Tribunales de justicia?

Y, caso afirmativo, ¿cuál es el estado de la causa ó causas incoadas?

Se otorgó una concesión á la Compañía de ganaderos para el abastecimiento de carnes en el Matadero de la Villa.

Aunque nunca hemos creído en la realidad de la tal Compañía, ni menos en la eficacia de la misma al objeto de abaratar la carne, ¿qué hay de eso?

Confiamos que algun Concejal reproduzca en la sesión del Ayuntamiento este interrogatorio.

—

Casi toda la prensa aplaudió el bando del Alcalde, respecto á la circulación de coches en los días de Jueves y Viernes Santos.

Nosotros nos asociamos de buen grado al aplauso.

El bando, como plagio de el del año anterior y de otro Alcalde, resultó bien.

Pero hubiera sido mejor no dictarlo.

Ni prohibir, ni no prohibir en tales días la circulación.

Esa es la buena doctrina democrática.

Eso es lo correcto, en un país donde la Constitución establece la tolerancia de cultos y la libertad de conciencia.

Aunque por ello se enoje Canga-Argüelles.

SECCION BIBLIOGRAFICA

Madrid Viejo (1)

Aunque otra cosa quiera decir el título, *Madrid Viejo* es un precioso libro, completamente nuevo, que acaba de salir á la calle, *vivito y coleando*, de la imprenta de Fe, por supuesto, previamente escrito por el renombrado autor de *Notas graves y agudas*, D. Ricardo Sepúlveda.

Se ha dicho muchas veces, habiendo pasado á la categoría de axioma, que el estilo es el hombre. Pero no se ha glosado la frase, al menos que yo sepa, afirmando que aquél varía y se cambia en relación á los años, y más particularmente con las vicisitudes que modifican el genio y el carácter del ser, llamado por autonomasia Rey de la creación.

Así, por ejemplo, Ricardo Sepúlveda escribió notabilísimas y rebozantes endechas de *acusación* en un célebre proceso literario sobre el matrimonio, en que sostuvo la demanda en pro de la bella mitad del género humano otro poeta conocido también ventajosamente en el mundo de las letras, Teodoro Guerrero. A poco Sepúlveda se dejó prender por los dulces lazos del himeneo.

¿Conocen los lectores el libro, con ansiedad recientemente devorado por el público; libro debido á la brillante pluma de mi particular amigo D. Vicente Bas y Cortés, solterón recalcitrante, que ha consumido largas vigilias en investigaciones fisiológicas para enseñar á sus compañeros de celibato cómo deben proceder con mejor acierto en la elección de esposa definitiva?

Y bien; tengo yo para mí, que mientras aquél que se casa á regañadientes suele ser feliz dentro de la sociedad conyugal—y creo que Ricardo Sepúlveda lo ha sido, como que de continuo se le ve ir en piadosa peregrinación al Escorial, á visitar la tumba de la que fué su mujer amada, buscando consuelo á sus tristes recuerdos—sucede á las veces que el que lo hace por entusiasmo ó tomándolas debidas precauciones, generalmente se equivoca en sus esperanzas.

Bien sabe Dios que no pretendo defraudar las de mi amigo Bas y Cortés llevando á su ánimo conceptos pesimistas.

Mas recuerdo que en España, un calvo descubrió el aceite de bellotas, excelente específico para evitar la caída del pelo; que hay gotosos que poseen remedios infalibles para curar el reumatismo, como conozco dentistas sin dientes que apestan á media legua de distancia por tener la boca podrida; de en esas experiencias deduzco que una cosa es predicar las ventajas del matrimonio, y otra muy distinta la de aceptar y someterse á las impurezas de la realidad práctica.

¿Y por qué, á propósito de *Madrid Viejo*, he hecho yo la anterior digresión?

Quizá no pueda, aun cuando lo intente, explicarme satisfactoriamente el motivo.

¿Será estrambótica genialidad, debida al estado de mi espíritu?

¿Me la inspira la nota preliminar del libro que tengo en mis manos, en que Sepúlveda se extraña de que habiendo sido siempre tentado de la risa y ferviente partidario de lo cómico, en su más ligera expresión, hoy se ve enfadado en laberínticas disquisiciones, para evocar tiempos pasados que, á su juicio, fueron más dichosos?

Sea cualquiera la causa que ha guiado mi pobre pensamiento, llegando hasta los puntos de mi pluma la idea de aludir á un ausente, á quien pido perdón de este pecadillo venial, ingreso en el tema de este artículo, declarando que entre el autor de la *Una de la noche*, que husmea las tristes y repugnantes escenas del Madrid moderno, traduciéndolas en sarcástica risa, haciendo cómico lo dramático y presentando cuadros al natural de esos que ofenden los castos oídos de los impugnadores de Zola, sin perjuicio de leerle con cierta delectante fruición, y el del *Madrid Viejo*, yo no encuentro ninguna diferencia notable; pero si realmente existe, siempre resulta, á no dudarlo, con ventaja para el crédito y buen

nombre de Sepúlveda, en cuyas producciones literarias campean el buen gusto, la correcta dicción, la sencillez, la elegancia, y flotando con esplendorosos matices, la verdad y concisión en las descripciones.

Después de haber saboreado el libro de que me ocupo, no estoy, sin embargo, conforme con que los tiempos aquellos que tanto deleitaban ahora las aficiones del eximio literato, y en los cuales explaya su clarísimo ingenio resucitándolos y vistiéndolos con bellos ropajes de colorista de primera fuerza, hayan sido, ni con mucho, más dichosos que los actuales.

En esto de preconizar lo pasado, sábase bien que la imaginación, seducida por fantásticas inspiraciones, constantemente se remonta á la esfera de lo ideal, con mayor motivo si el dibujante ó pintor vive en amigable consorcio ó familiarizado con las propietarias moradoras del Parnaso.

Es más: para experimentar los efectos del espejismo, no precisa ser pintor ni poeta.—Viajar y visitar países, no es lo mismo que leer las seductoras descripciones de impresionables viajeros.—La Arcadia dicha sólo ha podido existir en el campo de la fábula.

No quiero significar con tales argumentos que el Madrid de los siglos XV al XVIII, tan prodigiosamente exhumados en sus calles, en sus costumbres y en sus tradiciones por Ricardo Sepúlveda, como obra de arte tomada de la realidad de las ruinas ó sacada de entre el polvo de los archivos, sea cosa despreciable. Antes considero que su conocimiento ofrece copioso material á los historiadores modernos, y que, por tanto, *Madrid Viejo*, deleitando, instruye y facilita las expansiones racionales de la crítica.

La calle de San Andrés, con la iglesia del mismo nombre; el bautismo del nieto de Gomez de Sandoval, verificado en ella, siendo padrino el Rey D. Felipe III en persona, y aquella suntuosa cena tan perfectamente presentada, son capaces de abrir el apetito al más exigente de los aficionados á lo antiguo, y, sobre todo, de los gastrónomos; sólo que en los tiempos de ahora dudo que haya estómago bastante fuerte para resistir tanta volatería y tanta carne, y menos la tremenda trucha, cuyo colosal tamaño no ha podido tampoco digerir ni aun la chispeante y festiva pluma de Sepúlveda.

Pues, ¿y qué diré de la viuda del Montero de Espinosa, la hermosísima Salmantina, que legando nombre á la calle de la Montera, sin permiso del Ayuntamiento, tanto dió que hacer con su palmito al pobre Alcalde Corregidor, cuya autoridad seducía con sus encantos físicos?

¿Y del Mentidero, que entonces hacía las veces de *Correspondencia de España* en punto á noticias, y las de periódico de oposición en lo de no estar conforme jamás con el Gobierno?

Para hacer una exposición cumplida de las bellezas del libro de Sepúlveda, tendría necesidad de escribir tantos artículos como capítulos contiene el volumen. Pero ni yo soy competente, ni aun siéndolo dispongo de más tiempo que el necesario para consignar mis impresiones.

Resumo, pues, diciendo que *Madrid Viejo* es por todos conceptos, aunque en otro orden y en otro estilo, digno del autor de *Notas graves y agudas*, y tan hermoso por su factura, cuando menos, como la bella viuda citada, que dejó tradición curiosa á la calle que empieza en la Puerta del Sol y termina en la línea del antiguo callejón del Piojo. Ricardo Sepúlveda, en el género difícil de literatura á que le llevan sus nuevas aficiones, no puede, ciertamente, envidiar á los que le han precedido.

Tiene sobre Mesonero Romanos inmensa é inapreciable ventaja; la de vivir y escribir en los últimos años de este siglo, que tanto distan ya de los primeros; la de poder rectificar errores á la luz del progreso y de la cultura actual, en que se nutren su privilegiado entendimiento, su correcta pluma y su amor al estudio. Una protesta: he leído algunos libros de Sepúlveda, pero jamás he tenido

ocasión de cruzar mi palabra con la suya. Verdad es que en mi ya larga vida de periodista me ha sucedido lo mismo con la mayor parte de los prohombres de la política y con los literatos. Los he admirado ó censurado desde la redacción. Cuestión de carácter ó de temperamento. Por eso, dentro de mi modesta independencia, préciome de ser más imparcial.

Por la copia,
EL MANZANARES.

Enero de 1888.

COLADA GENERAL

Para frases de efecto, los conjurados.

He aquí una:

«El conflicto Dabán ha comenzado en la Oración del Huerto; yo espero que terminará en el Gólgota.»

Conformes: Atribuyamos á Dabán el papel de Cristo.

¿Quiere decirnos el autor de la frase á quiénes corresponden los de Dimas y Gestas?

Porque á Longinos ya le hemos visto con traje de General.

Leemos:

«La mayoría dice: ¡A votar, á votar!

El Sr. Martínez Campos: El número no nos intimida.»

Varias voces: ¡Ah! ¡oh!

El General Martínez Campos: Los que eso dicen no me lo dirán individualmente fuera de aquí.»

Nota: está copiado de una sesión de la alta Cámara.

No se crea que pertenece al sainete *Los Valientes*.

Corrió por ahí la noticia de que el General Cassola iba á pedir la licencia absoluta.

Y no faltaron periódicos que, muy alarmados, procuraron averiguar si la noticia era cierta.

Resultado de las investigaciones más escrupulosas: el General Cassola no ha pedido hasta ahora la licencia absoluta.

Los señores cajistas tendrán á bien no distribuir estas líneas, porque servirán para muchos números.

Las cartas consabidas han producido un resultado práctico.

Agitación en Rusia; atentado contra el Czar, y una Conferencia celebrada al aire libre acerca de la cuestión militar, por los señores Cánovas del Castillo y Pavía Rodríguez de Alburquerque.

No ha enfermado de la garganta Martínez Campos; pero el Emperador Alejandro cayó en cama con fiebre á consecuencia del susto.

Dice *El Imparcial* que en la política española se trata hoy de producir el pánico.

Yo creo que lo que se trata de reproducir es el pan-militarismo.

Y añade que el país no se ha asustado y que por aquí no existe riesgo.

Música de *La gran Duquesa*.

Don Hermógenes, el crítico teatral de *El Resumen*, ha tenido la paciente curiosidad de oír algunos sermones en estos días de Semana Santa.

Y encuentra que los predicadores son malos y capaces de ahuyentar la fe del más ferviente católico.

El apreciable compañero debió escribir su artículo antes de los sermones, porque así aquéllos le hubieran tomado las hermosas ideas que en recuerdo del drama del Calvario desliza en él.

Imprenta de EL RESUMEN, Reina, 8, bajo.

INSTITUTO DE VACUNACION

VALVERDE, 30 Y 32. MADRID

Valverde, 30 y 32

Telefono 72



Telefono 72

Valverde, 30 y 32

SE VACUNA DE 2 A 4 DE LA TARDE
SE REMITE VACUNA A PROVINCIAS

(1) Los autores y editores que deseen que nos ocupemos de los libros y obras que publiquen, remitirán á esta redacción uno ó dos, ejemplares.